RABIA

Nieves Vázquez Recio

En el tiempo de las habas verdes rabiaban los perros. El niño se pasaba los días cuidando las bestias y solo. Recostado bajo las encinas, adivinaba el azul oculto entre la telaraña verde de las hojas, luego saltaba entre las olivillas y los terebintos como una cabra más. Nada dentro de la cabeza, salvo el destello cegador debajo de los párpados después de mirar al sol, el monte Salto sin apenas verse a ras de suelo. Mucho cuidado, le había dicho su madre, colocándole en el cuello, atado a una fina cuerda de esparto, un trocito de cuerno de venado con una cruz marcada, y rézale a San Huberto, mira que es el tiempo de las habas.

De noche iba al rancho para comer en plato y dormir, pero más que a los perros, a lo que temía en la oscuridad era a la mujer, a las mujeres que se cruzaban en el camino. Se las veía poco y no estaba acostumbrado. De vuelta de los chivos había descubierto la sombra acercándose a los lejos y con un respingo había preferido la linde áspera. El vientre se le soltó del susto y pasó apuros para limpiarse con las piedras y el matagallo, que le escoció un poco, después buscó romero para quitarse el mal olor de los dedos. Por la mañana reconoció su forma en el manejo de la ropa lavada, entonces ya no le dio miedo. Pero eras tú la de anoche, dijo. Pues claro, respondió la muchacha, y tú el que se escondía. Aquella había sido la primera vez.

Con la algandarillera había aprendido escasamente a leer y a escribir, aunque en su casa no había con qué y el niño presentía bajo la tinta un olor a sotana y a guerra, todo mezclado, como en sus sueños, como en el silencio poderoso del padre y de las noches de tormenta. El índice agrietado de la mujer, que ya le parecía vieja, le iba señalando un reguero de cositas pequeñas, oscuras, que a él se le antojaban cagarrutas de cabra y larvas de insectos o gusanos. Pero en la hilera de garabatos la algandarillera supo mostrarle su nombre, que él repitió, asombrado, como un conjuro. La muchacha era su hija.

La miraba hervir la ropa con jabón verde y ceniza, luego el añil azul en sus manos rosadas. Después la alhucema, ardiendo en un cuenquito, iba soltando ese olor sobre las sábanas blancas, grandes lienzos extendidos uno tras otro en los cordeles o sobre las aulagas. La ropa de los dueños. Tanto esfuerzo solo para que se acostaran los demás. Pero eso no lo pensó entonces, sino mucho después. Con el paso del tiempo y la evocación constante de aquella primavera, extrañamente enrarecida por el calor prematuro y la amenaza de los perros, llegaría a calibrar cada acto, cada gesto que en la justa medida condujo a una hora lejana de siesta y despedida.

Los hombres están al venir.

El niño, cansado por la solana y el viento recio del día, miraba el trajín desde el camastro. A veces la muchacha también ayudaba dentro de la casa, preparando la comida de los hombres, una turbamulta de barro y garrapatas, el lebrillo comunal lleno de tagarninas y garbanzos y pringue, cuchara y paso atrás. También él en esa turbamulta. Pero de noche ella desaparecía hasta el día siguiente, dormía en la casucha con su madre, a la vera del cercado que esta se encargaba de vigilar. Hasta allá se iba a la hora que fuera. Como aquel primer día cuando se la cruzó. A ella no le da miedo nada porque es mujer, se dijo.

El viejo lo repitió. Están al llegar.

Se aflojó la cuerda del pantalón y, tal vez por simetría, se buscó la del cuello, con el trozo de cuerno. Adormilado por el vaivén de las enaguas y el chisporroteo del caldero que avivaba aquella mano tenaz, se vio muy cerca de su madre. Pronto sería domingo y bajaría a verla y le mostraría sus progresos con el lápiz. Su padre tenía una caligrafía perfecta, se la había enseñado un maestro que hacía escribir a todos los niños igual. Pero la escuela estaba cerrada y el maestro no se sabía a dónde había ido a parar, decían que a la Argentina, aunque todos ignoraban dónde quedaba eso. De todos modos, prefería correr por el campo a su antojo, alrededor de los chivos, sin tener que ir a la escuela, cazando conejos con el cepo o haciendo tonizas que iba colgando en el cintillo, junto a los cuerpos yertos; además estaban las bestias, ese era el trato que su padre había hecho con el capataz. El niño chivero.

La oscuridad cada vez más profunda de fuera le hizo apreciar las sombras del carburo recién encendido sobre las paredes encaladas. Los desconchones componían figuras movedizas, cambiantes, sinuosas, y las ristras de ajos eran tripas de cerdo, los pimientos secos, colmillos de perro, la tinaja de agua, la panza hinchada de una vaca podrida, las sillas de anea, viejas sentadas alrededor de un muerto. Los rincones de aquella habitación gigante, llenos de aperos y camastros, con el hogar en el paredón del centro, insinuaban escondites terribles. El niño cerró los ojos y percibió el olor rancioso de los quesos apilados en la hornacina, tan suyo como las manos con las que ayudaba a ordeñar las cabras al anochecer. Le sonaron las tripas. Casi a la vez, se oyeron las voces de los hombres. Ese mulo estaba ahuelfao, estornudaba como un loco y me tiró al río. Al final lo sacrificamos.

Venían con pergañas y se les escuchó sacudirse los pies en el umbral, luego, la cortina de canutillos anunció su entrada con familiar repiqueteo. Eran tres. A las buenas. Iban pasando con las manos tiznadas, uñas negras de tierra y de faena, zahones mugrientos. El más joven, de mirada hosca, abrió la boca apenas.

Con el torso desnudo, por turnos, se lavaron en la palangana, jabonando manos y sobacos y brazos y cara fieramente, los tres con el mismo guión de gestos simétricos, que acababa con el rebuzno de la boca intentando escupir el agua jabonosa, la costra de espuma sucia flotando en el círculo líquido. Después se sentaron a la mesa. Vamos, zagal, gritó el viejo, y el niño se levantó y acudió a la llamada.

Se fueron, las jarras llenas de leche sobre los mulos, algunos quesos. Aún no clareaba. Resistiéndose a la llamada del día, se acurrucó en el jergón, agradecido del frío de la mañana que le pegaba las mantas, saboreando el intersticio entre el despertar y lo que vendría después. Ella le habría dejado la capacha preparada

antes de hundirse, valiente, en la boca de lobo, el trozo de queso y de telera, la chacina. Con una punzada, sin embargo, sobrevinieron las imágenes robadas sin querer antes del sueño, cuarteadas como el requesón, la mano de ese que era poco mayor que él agarrando fuerte la muñeca blanquísima que intentaba recoger las sobras de la cena, el gesto de dolor, el tironeo mujeril, inútil. El viejo encargado había pasado entonces y había arrancado el brazo de su asidero y le había dicho algo incomprensible, casi escupido a la cara de barba escasa, hirsuta, sin afeitar, algo tan cortante y efectivo como un chuchillo de matanza. Luego la muchacha había logrado zafarse y se había ido corriendo. Pero los ojos hoscos habían seguido brillando de rabia mucho tiempo, como el carbón moribundo, allá, en el rincón de los hombres, o eso había creído ver el niño antes de dormirse.

El galgo era negro y elegante, muy bien cuidado. Había aparecido solo en el vagón de tren, como un viajero más, y el chaval, que viajaba con su tío, decidió quedárselo. Pero a la semana, el encargado de la estación vino a por él. Era de un militar que lo había perdido; alguien le contó con quién lo habían visto y le dio las señas, porque al tío lo conocen de tanto ir y venir. No veas cómo lloraba, porque el galgo, la verdad, era de pura raza, y noble.

El niño iba escuchando la historia de la boca del viejo encargado mientras en el rincón sentía subir la fiebre. Tercianas. No bajaría a su casa, el viejo le cuidaba bien. Cataplasmas en la frente. Lo había visto poner sanguijuelas y ventosas, lo había visto hipnotizar gallinas y colocar mudas de serpientes para la cabeza. Y aquella noche había admirado su certero zarpazo descomponiendo la atadura insolente. El mozo no había aparecido desde aquel día, no había vuelto a comer ni a dormir en el rancho, pero seguro que andaba por ahí, con sus ojos hoscos y acechantes. Sin saber por qué, pensó si ese joven huraño sería el del galgo de la historia, acaso porque aquella decepción, aquel desposeimiento, era como una explicación germinal de su enfado y de su necesidad de posesión.

Sudaba. El viejo le mojó la boca con un trapo que olía a manzanilla y a no sabía a qué más. Mañana iba a estar bien. ¿Y los chivos?, preguntó, por vez primera consciente de su quietud, de su estar tendido a una hora no acostumbrada, de su holgazanería. Ya fue Vico, oyó que le decía. La luz, desconocida para él a esas horas dentro de la casa, reverberaba sobre las cosas de siempre, que se le ofrecían con un aura febril y diluida, levemente punzante. Volvió a dormirse y al despertar la cara del viejo seguía a su lado, como parte del sueño y del delirio. Viste al fantasma, ¿verdad? El niño no entendía. Lo viste. Entonces, a la cara tan familiar del viejo se le superpuso otra, apenas reconocible entre una maraña de pelos, pero

pegada a su memoria y a su garganta como una garrapata, como si acabara de entregarle la liebre a las manos ganchudas. Ahora recordaba.

Se había adentrado por la Manga, caminando con las cabras por el centro de la uve áspera y caliza, las grandes moles parduscas, como tetas gigantes. Había elegido de mañana esa dirección en lugar de la de siempre, quizás por no encontrarse con los muleros, aunque nada había querido decirse a sí mismo de la garra invasora, violenta. Las cumbres, llenas de cuevas insinuantes, le recordaban porqué no solía tomar ese camino con las bestias. Historias de aparecidos, de pinturas muy viejas hechas con sangre, de hombres que se fueron para no volver, pero que seguían allí en cuerpo y alma.

Dejó que los animales ramonearan a gusto y cogió el tirapiedras. Su puntería era certera. Persiguiendo la liebre se adentró por el sendero sesgado en la pendiente. El golpe sonó rotundo y seco. Apenas un hilo de sangre había dejado la muerte en la boca entreabierta, y los ojos inmóviles. Se la colgó del cinto. Lo alertó entonces un leve movimiento, como un batir de hojas, y pensó en los perros y en las habas que germinaban en el huerto. Alerta, miró a su espalda. A la sombra de una encina poco más grande que un arbusto, había un hombre. No le extrañó tanto su estar como lo que estaba haciendo. Leía. El niño sintió que ese gesto le protegería de algún modo y sin titubear fue acercándose. Quizás era muy anciano, pero el pelo le tapaba la cara y era difícil saberlo, melena y barba asilvestradas, una ropa harapienta, unas uñas demasiado largas. El hombre parecía no haberse dado cuenta de su presencia, pero entonces, señalándolo con el dedo, como sacándolas del libro, dijo unas palabras que no entendió. Volvió a repetirlas y siguió sin entender. *Tolegué, tolegué,* fue lo que oyó el muchacho, y se vio en la misa de difuntos de su abuela, ese ronroneo similar en la boca del cura. Toma y lee, toma y lee, silabeó luego el extraño, lentamente. ¿Eh, rapaz, es que no sabes latín? El hombre tenía una voz dulce y hablaba como él nunca había oído hablar a nadie. Le mostró el libro, tan arrugado como si hubiera caído en un pozo y hubiera estado secándose al sol, y empezó a contarle algo de un santo, que no era San Huberto, de alguien importante que lo había dejado todo y se había ido al campo o a un huerto, que había enseñado, pero que había dejado de enseñar. Le habló de los sembrados y del cielo. De la tierra, que era redonda. Del mar. Le contó muchas cosas que en sus pocas entendederas el niño pensó que tenían también que ver con su vida. Las cabras seguían en su sitio, iba pasando el tiempo. El niño sacó de su capacha el pan, el queso y el chorizo y se los ofreció al hombre, que comió solo apenas. No quería que dejara de hablar. Cuando fue inevitable, antes de que empezara a atardecer, el niño supo que ya no podía apurar más, la vuelta sería

más larga que de costumbre. No sabía cómo despedirse, así que sin pensarlo, se desató la liebre y se la ofreció. ¿Y esto por qué, rapaz? Porque usted sabe mucho, atinó a responder. Sin esperar nada, inició el descenso por la pendiente, entonces oyó que el hombre le gritaba con un dedo en los labios: No digas en el pueblo que me has visto, te dirán que ha sido un fantasma.

Lo viste, volvió a decirle el encargado, reclinado en la cama sudada de fiebre. Pensó que el viejo no merecía la mentira y que acaso él también lo conocía, que algo unía a esos dos hombres sabios. ¿Quién es?, se atrevió a preguntar con la garganta seca. El viejo lo dijo solo una vez y con un hilo de voz apenas audible, como para que nadie, ni siquiera el muchacho, pudiera oírle, como si todo estuviera lleno de orejas acechantes. El maestro.

Al día siguiente ya estaba mejor, pero no le dejaron irse al monte. Al niño le pesaban las piernas en el cuerpo pringoso, el pelo de azabache adherido a la cabeza, ajena, despistada, el cordoncillo con la cruz clavado al cuello. Recordaba haber sentido la asfixia en medio de la fiebre y recordaba haber intentado librarse de ese ahogo sin conseguirlo, ahora reconocía la soga y la atadura. Se palpó la entrepierna sudada, el calor pegajoso de los compañones, descolgados y sueltos. Ahí estaba el pequeño bulto en la ingle, como las otras veces. La rozadura de su mano en el sexo lo alertó, pero en la habitación no había nadie. La larga noche había durado por lo menos dos días de sueño y duermevela y, a ratos, de vigilia, un trasiego de voces y de caras acercándose. El viejo y la muchacha tentándole la frente, idas y venidas de gentes que parecían fantasmas, a lo lejos, la soledad oscura y tempestuosa de los ojos cerrados en medio del silencio. Y de pronto sintió la comezón de las cosas que no debería haber dicho, la melena astrosa, el libro abierto, la sangre coagulada en la liebre. Y algo más turbio, muy antiguo, la muñeca tan blanca cercada por el grillete de unos dedos.

En el rincón vio las camas deshechas y los vasos con los posos resecos de achicoria. Qué momento del día era. La luz entraba fuerte. Ella le había dado un tazón de leche con migajones de pan, pero de eso hacía mucho o quizás no tanto. La casa estaba quieta. Dónde estaría el viejo. Y los chivos. Ah, Vico, se dijo con alivio. Él los habría sacado de nuevo. Se acercó a la tinaja y llenó el jarro. El agua le supo extraña, amarga, como si bebiera de una charca muerta. Un movimiento inesperado le impulsó a volverse, era su propia sombra en el azogue, al lado de la palangana, pero se vio distinto, los ojos oscuros, grandes, demasiado profundos. Puede que fuera el estirón del que hablaban. Estuvo tentando de lavarse la cara y las manos para despertar más fuerte, pero le pudo el cansancio y una prevención casi gatuna hacia el contacto líquido. Todavía sentía calor por dentro. Dio vueltas

por la habitación, otra vez invadido por la rareza de la luz sobre esas paredes que él conocía sobre todo en las horas extremas, cada cosa reencontrada con una claridad desacostumbrada y molesta. Todo parecía como a medio acabar, interrumpido en mitad de su propia rutina, las camas, los restos de comida, las sillas descolocadas alrededor de la mesa, una cesta en la puerta.

Estaba abierta y la cortina de canutillos agitaba sus delgadas serpientes de colores con leves movimientos. Esos eran los crujidos que había sentido antes de levantarse. Pensó en el frescor del aire y se dirigió hacia la cortina, anticipando el gesto de abatirla, como a una mata de pelo, hacia el lado derecho. Entonces el sol le cegó por completo.

Las sábanas se movían al viento, unas al lado de otras, en dos filas de cordeles, banderas gigantes, pero no como la de la plaza del pueblo, triste, sino blancas, blanquísimas, de un blancor azulado, oloroso a alhucema. Se acercó para jugar, como cuando más chico, a envolverse y perderse en el olor que también era el de su madre. Y envistió el lienzo como un toro, retando a la blancura con su sudor de fiebre. Ciego, amortajado, siguió avanzando hacia la segunda línea de ropa, y mientras iba renaciendo hacia adelante, advirtió la blasfemia, las manchas rojas, las líneas como dedos gigantes hacia el suelo. No tuvo que adivinar, allí mismo estaba ella. El niño se acercó, sin pensarlo, y vio el hilo púrpura en la boca hermosa, entreabierta. Como la liebre, se dijo sin decir. Y vio los cortes sangrantes en el cuerpo desnudo. Pero estaba viva, un débil calorcillo persistía en la breve estrechura entre la nariz y el labio. A un lado yacía el viejo, inmóvil, la cabeza hundida bajo una enorme piedra. Qué haría. Los hombres tardarían en llegar con los mulos, pero vendrían, menos él, huyendo al monte con su mirada hosca, como un perro rabioso, otro fantasma. Acaso correr hasta encontrar a la algande-rillera. Arrancó las sábanas y tapó a la muchacha y se apretó a su lado. Pensó que tendría que mojarle los labios con agua y manzanilla, pensó que tenía que hacer algo. Ahora lo iba a decidir, ahora. Se arrancó el cordón del cuello y lo puso sobre la frente lívida. Pegó su cara a la de ella, esperando, y quizás oyó que susurraba, reconociéndolo, Malaquías, Malaquías, porque ese era su nombre.